

* * *

—Yo creía que el sexo no tenía fin, dice el hombre en crepúsculo. Y el filósofo contesta—: No lo tiene. Lo único es que se desplaza. Como el pólen, que se convierte a su modo en mariposa.

* * *

La ironía es que todas las cosas del hombre —amor, dolor, sexo, amistad, pensamiento creador, éxtasis místico— son infinitas. Y que parecen serlo sólo por lo mismo que cada hombre es finito.

* * *

—Yo no quería nacer, y nací. No quiero morir, y moriré, ¿Es éste el resumen de la voluntad humana?

* * *

—No me digas lo que debo sentir, ni lo que debo pensar, ni lo que debo hacer. Existe sólo por cuanto siento y pienso y hago todo lo que no debo hacer, pensar ni sentir.

* * *

Sólo la rebelión conduce a Dios. La sumisión es una módica reproducción del infierno.

* * *

—No me salude usted, por favor. Todavía no me he visto esta mañana.

* * *

Las hojas pequeñas de papel son tan tentaderas como las mujeres de paso. Siempre queremos dejar un sello en ellas. El matrimonio es un grueso libro en blanco que quisiéramos dejar tal cual.

* * *

Estoy cansado. Lo único que me reanima es pensar que los demás pueden cansarse de mí.

* * *

Parranda de frases. La ilusión de que puede uno tenderse también, hasta el placer, en una cama estrecha — o en una palabra.

* * *

Toca al dramaturgo marcar el mutis de sus personajes y los telones de sus actos. Pero yo sigo escribiendo estas naderías porque ¿quién va a hacerme teatro a mí?

* * *

Las reflexiones breves, las sentencias, las frases, son como esos juguetes de barro policromado que el indio mexicano solía vender por un centavo. No son una pirámide, pero cada uno es único, bíblico en un sentido de semejanza, singular en la acepción de la gota de agua que no se parece a ninguna otra y, sin embargo, es igual a todas.

* * *

Leo un libro sobre Humboldt y comprendo por qué su estatua blanca, en el jardín del viejo convento de San Agustín, me inspiró siempre un curioso recelo: era homosexual. Pero era un homoxesual enamorado del Cosmos — no del gendarme de la esquina.

* * *

Lo malo de hacer frases es que nunca termina uno. Las comparé una vez a los

bocadillos y botanas que, tomamos en abundancia, nos impiden comer pero no nos alimentan.

* * *

Voy a enviárselas todas a Alfonso Reyes. Á él lo aburría un poco la cosa, pero a mí me liberará. Y, además, él podrá quemarlas.

* * *

Cuando le confiesa uno a su mujer legítima:

—¿Sabes? Yo soy el mismo que te seguía todas las noches hasta tu casa, y del que corriste una vez.

Ella contesta:—No lo creo. Yo te conté que alguien me seguía, y tú inventas eso ahora.

La realidad nunca llega a la altura del deseo. Nuestra esposa quiere seguir siendo seguida, pero no cree en la verdad porque no quiere que la sigamos nosotros. El derecho a la fuga.

* * *

En México existe nada más otro derecho: el derecho a la Ley Fuga.

* * *

Un amable profesor de Austin dice que aquí no hay más que dos estaciones: la estación de verano y la estación del ferrocarril. ¿No olvida una? La estación de morir, en Austin o en cualquier parte.

* * *

Los amigos muertos de esta temporada terrible nos hacen, por señas, una invitación amistosa. En vano. Podemos escribir versos por epidemia, frases por imitación, tener noviazgos o casarnos, o jugar a la lotería o invertir en bonos y acciones por concomitancia. Pero la muerte es algo demasiado personal para volverlo gregario, ni promiscuo. Es, glosando el viejo chiste sucio de nuestra infancia, el sitio "adonde el rey va solo."

* * *

Sólo y su alma, como dicen las comadres.

Austin, 11 de agosto de 1955.

EL IDIOMA DE LOS MEXICANOS

Por Antonio ALATORRE

SEGUNDA PARTE

EN la primera parte de este estudio * he esbozado un paralelo entre la conquista lingüística de México por los españoles y la conquista lingüística de España por los romanos. Me he referido, entre otras cosas, al sustrato náhuatl que hay bajo el español que hablamos en México, réplica del sustrato ibérico de la lengua de la Península, y al superestrato o adstrato in-

quiero señalar algunos aspectos característicos y vitales del idioma de los mexicanos, trataré de corregir ese desequilibrio. A decir verdad, los anglicismos, los "pochismos", no son —o no son todavía— ni característicos ni vitales. Tal vez sea un poco anacrónico decir esto, pero me imagino que en cierto momento la palabra *alcázar*, de origen árabe, fué en la lengua de Castilla un huésped tan incómodo y tan mal adaptado como es aquí, ahora, digamos, la palabra *roof-garden*.



glés a que ahora nos estamos viendo sometidos y que se asemeja curiosamente, en más de un aspecto, a la influencia árabe sufrida antaño por la lengua castellana.

Pero me he detenido más en el problema de los anglicismos que en el papel de los nahuatlismos en nuestra lengua. Y en las páginas que siguen, en las cuales

La lengua de Castilla, sin embargo, acabó por quedar teñida, impregnada de muchos centenares de arabismos, palabras que, vistas desde nuestra perspectiva, después de siglos, son tan vitales y tan características como las demás. Sentimos la palabra *azahar*, de estirpe árabe, tan

* Véase el número de octubre de *Universidad de México*.

castiza como la palabra *pájaro*, de origen latino, o como la palabra *arroyo*, perteneciente al substrato ibérico prerromano. Desde nuestro punto de vista, las tres tienen idéntica carta de naturaleza. Es imposible saber si algún día ocurrirá otro tanto con los anglicismos.

Los nahuatlismos, en cambio, son connaturales al idioma de los mexicanos. Cuando hacemos la "conjunción" de *chile* y *tortilla*, no nos damos cuenta de que la primera es palabra náhuatl y la segunda española; sentimos las dos igualmente mexicanas. Pero algo rechina si hacemos la "conjunción" de un *hot-dog* y un jarro de *tepache*... El *hot-dog* es todavía, material y lingüísticamente, un advenedizo. Y cuando se avergüenza de su origen y trata de presentárenos traducidos al español como "perro caliente", creo que es peor; su posición es más incómoda aún.

Los nahuatlismos están en el polo opuesto de estos advenedizos. Lo cual quiere decir, por otra parte, que ya no "advienen", que ya no penetran nuevas palabras de cuño náhuatl en la lengua que hablamos. Al contrario, es evidente que muchos de los nahuatlismos que se usaban corrientemente en la época colonial son ahora casi desconocidos. He aludido, por ejemplo, a la palabra *piciete*, derrotada por la palabra rival *tabaco*; otras voces nahuas desaparecieron porque desapareció el objeto que denotaban, o porque este objeto acabó por ser designado con una palabra española.

camente nahuatlizado: nombres de poblaciones, comenzando con el propio nombre de México, nombres de animales, de plantas, de alimentos, de bebidas, de muebles e instrumentos varios, etc., etc.

Ahora bien, ¿qué uso hacemos de los nahuatlismos? Ante todo, hay que decir que muchos no son de empleo corriente: designan plantas, alimentos, objetos con los cuales sólo tienen familiaridad de-



CANTINFLAS
... olfato idiomático ...

terminadas poblaciones rurales, sobre todo las indígenas. Además, muchos de esos nahuatlismos revisten todavía una forma tan "cruda", tan alejada del español, que para los mexicanos mismos resultan impronunciables. No es raro, pues, que no se oigan muy a menudo palabras como *tlalantacuitlapil*, *tlacotéquilizpacle*, *tepecuitazote*, *zacapelosúchil* o *chompiligüispatli*. Sin embargo, los restantes, aunque hablando en términos absolutos no sean muy abundantes, se emplean tanto, pertenecen de tal modo al habla diaria, que su presencia en el español que hablamos en México llama inmediatamente la atención. Y no sólo porque se refieren a objetos de la realidad en que nos movemos, sino además porque tienen una extraordinaria vitalidad en la creación de giros típicos, de comparaciones muy usadas en el lenguaje afectivo. Muchos de los nahuatlismos están continuamente en trance de metaforización. Uno de los constantes recursos del pueblo para dar viveza y precisión gráfica a lo que dice es, en efecto, el empleo de metáforas. De ese modo se realiza, anónimamente, una labor análoga a la del poeta (distinta sólo por la intención). La metáfora, sin embargo, se desgasta pronto y pierden su viveza original: se "lexicalizan". Entonces se crean nuevas metáforas o comparaciones. En este aspecto, es notable la predilección del mexicano por las palabras de origen náhuatl: llevan una referencia tan exacta y vívida a la realidad del medio, que se



... dicen y repiten sus expresiones, deleitándose en ellas ...

Así, pues, el número y la extensión de los nahuatlismos se conocen más o menos con todas sus circunstancias, y un diccionario como el de don Cecilio A. Robelo los contiene prácticamente todos. En las zonas en que se sigue hablando el náhuatl —sobre todo los Estados de México, Puebla y Tlaxcala— son quizá más abundantes los nahuatlismos que en otras partes, pero los que haya allí de más son de uso regional y restringido. El náhuatl ha dejado de ser fuente activa de vocabulario. Sin embargo, el mundo del mexicano ha quedado permanente y orgáni-



CLAVILLAZO
... el río de la moda lingüística ...

prestan admirablemente para su objeto. *Cabeza de chorlito* es un giro español que sólo conocen en México las personas cultas, pero que al pueblo no le dice nada, puesto que no conoce ese pájaro que en España se llama chorlito. En cambio, al tonto y caprichoso puede llamarlo de manera gráfica *cabeza de tenamastle*. También *guaje*, designación del tonto, es metáfora lexicalizada. Junto con su carácter gráfico y concreto, las expresiones de este tipo suelen llevar una intención satírica, cuando de una mujer que sale a la calle como excesivamente pintada y maquillada dicen que *se le pasó la mano de tlapalería*, o de la que se adorna demasiado con cintajos, collares, etc., que *se cuelga hasta la mano del metate*. El muy rubio tiene *cabeza de jilote*, y la mujer de piernas flacas las tiene de *popote*. El pelirrojo es



güero enchilado, la persona enojada está *enchilada* o *enchiladísima*, y del que llega furioso a tomar una venganza se dice que viene *más bravo que un chile piquín*. A base de *atole* hay gran número de expresiones. Una persona anciana o una cosa muy antigua son *más viejas que el atole*; el de piernas delgadas tiene *zancas de chorro de atole*; la persona desabrida es *un pan con atole*, y de la flemática e indolente se dice que *le corre atole por las venas*. Nuestra expresión *¡A la culebra atole!* es análoga al giro español "¡A otro perro con ese hueso!" Y hay un refrán que invita a no cambiar las cosas cuando éstas son más o menos aceptables: *Si con atolito vamos sanando, atolito vámosle dando*.

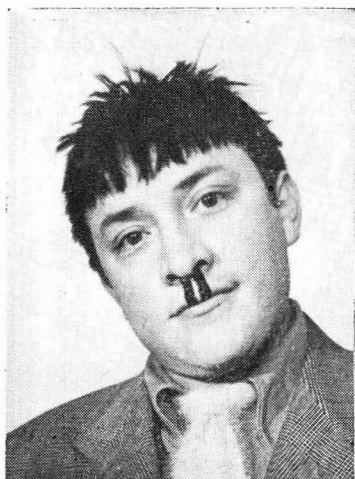
Con razón decía Pedro Henríquez Ureña: "La abundancia del vocabulario náhuatl a influido en la riqueza léxica del español de México, que contrasta con la limitación del vocabulario corriente en diversas regiones de América. No hay sólo riqueza por suma de léxico: hay riqueza de matices, costumbre de distinguir y disociar, empeño de establecer divisiones y subdivisiones en las cosas materiales y sus elementos; no es aventurado atribuirlo a perpetuación de hábitos mentales y tradi-

ciones culturales indígenas, en colaboración con la alta cultura de las ciudades del virreinato." Esta riqueza de vocabulario que tanto impresionó a Henríquez Ureña, y que se debe sobre todo a la abundancia de matices, de giros metafóricos, de expresiones figuradas, también le ha llamado la atención, recientemente, al maestro Tomás Navarro.

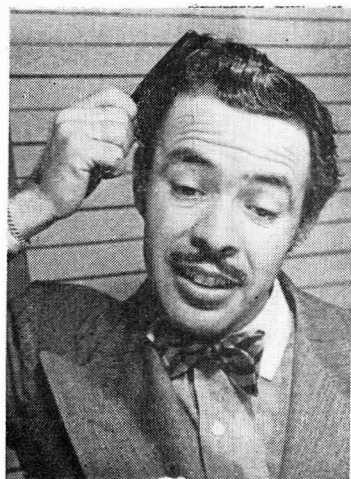
Pero sólo he mencionado la presencia del náhuatl, lo cual podrá parecer un tanto parcial. En efecto, en el territorio mexicano se hablaban en el momento de la conquista unas ciento treinta lenguas dis-

tintas, de las cuales subsisten todavía más de la mitad. Algunas de ellas, como el maya, el zapoteco, el tarasco y el otomí, se hablan en regiones extensas y pobladas. Sin embargo, casi no han dejado huella en el español general del país, sino únicamente en las regiones respectivas. La influencia del maya sobre el español de la península de Yucatán es muy fuerte (basta pensar en la pintoresca pronunciación de los yucatecos); pero los mayismos de Campeche y Yucatán casi no han trascendido al resto de México. Tampoco del otomí, lengua de extraordinario interés en sí misma, hemos tomado ninguna palabra. El tarasco es la única que ha producido mexicanismos de uso general. El más conocido es la palabra *huarache*. ¿Por qué prosperó y se generalizó así el tarasquismo *huarache*, a pesar de que en náhuatl existía la palabra *cactli*? Es un misterio. El nahuatlismo *cactli* (*cacle*) subsiste, por cierto, pero sólo para designar los zapatos —el calzado urbano— de manera humorística.

No he hecho más que esbozar ligeramente el papel de los indigenismos en el idioma de los mexicanos. Sería bonito tema para una investigación amplia. Pero es evidente que, en el conjunto de la lengua



BOROLAS



TIN TAN



SOTO



RESORTES

...un lenguaje flotante, nervioso, que no conoce el sosiego...

que hablamos, el vocabulario de origen náhuatl no es, numéricamente, muy importante. Conviene, pues, que nos detengamos en lo que es, ahora, el idioma español hablado en México, lo que es el lenguaje vivo de todas las gentes y todas las circunstancias. En otras palabras, conviene que examinemos —y esto es quizá lo que tiene más interés— qué cosa hace el pueblo de México (empleando la palabra “pueblo” en su acepción más amplia) con ese instrumento, ajeno en un principio y ahora ya plenamente suyo, que es la lengua castellana; cómo lo adapta a sus propias necesidades expresivas, cómo le imprime, en suma, el sello de su peculiar humor, de su actitud ante la vida, de sus preocupaciones, odios e ideales. Escogeré, para esto, algunas zonas del lenguaje que me parecen representativas. (Habría que tomar *todas* las zonas, y no sólo algunas; pero para esto hacen falta muchos años de estudio y muchos estudiosos. Y las investigaciones lingüísticas, en México, están en mantillas.)

Viene publicándose una colección de libretos, muchos de ellos interesantes, y algunos hasta buenos, intitulada “México y lo mexicano”. Su objeto es analizar lo típico, lo característico, lo diferencial del mexicano. En esa colección no ha aparecido hasta ahora un libro que enfoque la cuestión desde el punto de vista del lenguaje, lo cual es fácil de comprender: nuestros conocimientos dialectológicos son aún insuficientes para determinar a ciencia cierta las peculiaridades nacionales. El profesor Charles E. Kany, en su excelente libro sobre la sintaxis hispanoamericana, recuerda cómo los primeros dialectólogos de Hispanoamérica, autores casi siempre de diccionarios de chilenismos, de peruanismos o de mexicanismos, solían considerar como típicas de sus países ciertas expresiones que pertenecen al lenguaje vulgar de todo el mundo de habla española. Todavía queda mucho por hacer, comenzando con España, de manera que es muy fácil incurrir en esa misma equivocación. El mexicano está convencido de que *rajarse* es un verbo típica y exclusivamente mexicano; es natural que Octavio Paz, en una valiosísima meditación acerca de nuestras peculiaridades, se apoye en el verbo *rajarse* para elaborar una especie de teoría de la mexicanidad. Pero quien hojee el *Diccionario de americanismos de Santamaría* sentirá sorpresa al ver que también en Cuba se usa el verbo con el mismo sentido, y más sorpresa experimentará cuando se entere, al hablar con un español o un argentino, de que tanto en España como en la Argentina *rajarse* se emplea con una acepción muy parecida, si no idéntica. Hay que andar, pues, con mucho cuidado, y no pretender, por ahora, que al estudiar el habla de México tenemos un medio seguro de conocer la idiosincrasia del país.

Antes de entrar en materia, será bueno señalar, a grandes rasgos, las distintas capas que constituyen el habla “popular”. No es una división muy precisa, pero creo que servirá para entender un poco los mecanismos de creación y de difusión del lenguaje. Los llamaré grupo A, grupo B y grupo C.

El primer grupo es, cuantitativamente, el más importante. Está constituido por la clase media de las ciudades y por la población provinciana en general. Los hablantes de este grupo son tradiciona-

listas. Así como es muy frecuente encontrar en sus casas objetos antiguos, retratos de pintores ingenuos del siglo pasado, preciosos juguetes y adornos de barro y de vidrio y toda clase de muestras de las artes populares mexicanas, así también abundan en sus labios las expresiones, a menudo pintorescas, de otros tiempos. ¡Feliz el filólogo que encuentra un buen informante de este grupo! Su cosecha será abundante. No importa que algunos de los giros que recoja ya no sean usuales, como tampoco se fabrican ya ahora esas maravillas del arte popular de tiempos pasados. El lenguaje del grupo A es la base estable del habla popular del país, el fondo permanente. Los hablantes de este grupo dicen y repiten sus expresiones, deleitándose en ellas, sin temor de fastidiarse. Son los que al tacaño le dicen *cuentachiles*, o que *ahorra en las sopas del perico*; los que a propósito del que anda comiendo antojitos a toda hora comentan: *parece puerco placer*; los que llaman *ajonjolí de todos los moles* al amigo de fiestas; los que califican al entrometido diciendo que *anda de metesillas y sacabancos*; los que dicen de quienes todo lo pretenden saber y de todo hablan que *son de chile, de dulce y de manteca*. En su boca abundan calificativos como *acomedido*, *argüendero*, *chimiscolero*, *azopilado*... El habla de este grupo A como que nos traslada al siglo XIX, al mundo de las novelas de Inclán o de Riva Palacio.

El grupo B está formado por las clases bajas urbanas; más exactamente, por el pueblo bajo de la ciudad de México. Es un lenguaje mucho más fértil, mucho más aficionado a la creación y a la renovación de las expresiones. Algunos de sus elementos están en contacto inmediato con el hampa y con el lengua del hampa, el argot o caló. Y, del mismo modo que el caló, evita la excesiva repetición de un giro. Es, pues, un lenguaje que constantemente se renueva. A diferencia del grupo A, el B tiene un lenguaje flotante, nervioso, que no conoce el sosiego. Los cómicos más populares —Cantinflas, Paillo, Clavillazo, Borolas, Tin-Tan— lo representan fielmente. Gran parte del éxito de esos cómicos se debe a su olfato idiomático, a una especie de instinto que les hace adivinar por dónde va corriendo el río subterráneo de la moda lingüística. Ellos escuchan al pueblo, se enteran de las últimas “puntadas”, y logran que llegue a sus manos las monedas lingüísticas más nuevas, recién acuñadas, relucientes todavía. Y, a su vez, son ellos los que marcan la dirección del río, son ellos los que ponen en circulación nuevas monedas. Cuando un cómico se repite, pierde el favor popular, hecho bien conocido en todas partes; y aquí, el agotamiento de la fuerza cómica suele estar relacionado con el agotamiento lingüístico. Los cómicos se suceden vertiginosamente en el pedestal de la fama. Ahora ya nadie habla de Roberto Soto, del Chino Herrera, de Medel, de Donato, que fueron ídolos en un tiempo. Nada de raro tiene que el habla de este grupo B abunde en expresiones humorísticas, satíricas, a veces crueles e hirientes. Creaciones espontáneas y nacidas en el momento o bien giros ya divulgados, son muchas veces lo que un par de banderillas en manos del torero: el actor hace su número de destreza y exhibición, la víctima sufre el escozor, y el público se divierte. Este

vocabulario es enorme, literalmente inagotable, pero también efímero. Algo sobrevive, sin embargo, algo se adhiere a lo que he llamado base estable, al lenguaje de la clase media y de la población provinciana, y así se eterniza.

El grupo C es el hampa, el mundo variado de los criminales y viciosos de toda laya, la excrecencia vergonzosa de las grandes ciudades. Su lenguaje, el caló, es aún más efímero, y también más “exclusivo”, que los otros dos: es un lenguaje que sólo deben emplear los hampones entre sí, y las palabras que trascienden de ese círculo deben sustituirse inmediatamente por otras. Es curioso comparar el primero de los estudios que publicó el romanista Max Leopold Wagner sobre el argot mexicano (*Mexikanisches Rotwelsch*, 1918) con un diccionario relativamente reciente del caló del hampa, publicado para uso de la policía del Distrito Federal. Algunas de las palabras registradas por Wagner se siguen empleando, pero son muy pocas; otras han pasado sencillamente a la historia, y algunas son ahora de uso corriente y han perdido su carácter esotérico. Es seguro que muchas veces los cambios se efectúan en el más absoluto secreto, esto es, que gran parte del vocabulario del hampa se olvida y se sustituye sin que na-



da trascienda al exterior. Lo que sí trasciende es lo que adopta el habla del grupo B, y que en algunos casos puede llegar hasta el grupo A. Si no fuera por esta circunstancia, no habría razón para considerar el lenguaje del hampa como una de las capas del habla popular: estaría en la misma situación que la jerga de los médicos o la de los ingenieros electricistas.

Hay, pues, puntos de contacto entre las tres capas, y muchas veces es difícil precisar las fronteras. Además, habría que pensar en el habla de la clase rica y aristocrática, la que desde hace algunos años se llama clase *popoff*. La sociedad *popoff* tiene a menudo el gusto de las palabras pintorescas y picantes de las clases inferiores; es —me imagino— un remedio contra el aburrimiento, como el ir de parranda, una noche, no al cabaret elegante y conocido, sino al tugurio desconocido y sospechoso. Y también el lenguaje *popoff* suele pasar a las capas populares, como las prendas que las catrinas dan a sus criadas cuando están ligeramente pasadas de moda.

* * *

Véamos ahora algunos de los procedimientos de que se sirve el mexicano de

hoy para modelar, matizar, vivificar el lenguaje. Hay que hacer constar, sin embargo, que los procedimientos en sí mismos son —en gran parte por lo menos— los mismos que en todas partes, los procedimientos estudiados por la estilística del lenguaje vivo.

Toda lengua logra siempre su máxima vitalidad en el aspecto afectivo, emocional. La indignación, el júbilo, la sorpresa, la admiración, el desprecio llevan constantemente a la creación de palabras y formas nuevas, que una vez envejecidas dejan su lugar a otras de expresividad fresca e intacta. Es sobre todo el grupo B el que práctica sus facultades lingüísticas creadoras y renueva las interjecciones, los juicios ponderativos, las comparaciones, los giros que designan vicios y tachas (rara vez virtudes) de personas y de cosas.

Para dar salida al enojo o al desconcierto provocado por algún suceso desagradable, por alguna contrariedad, los mexicanos suelen exclamar desde hace mucho (desde tiempo inmemorial, iba a decir): ¡Me lleva la...! Y cómo no siempre es posible decir la palabra que sigue, la expresión toma una forma más inocente: ¡Me lleva... el tren! Pero este giro, desgastado por el uso, ha dado lugar a la creación de toda una familia de



(aunque el método de acortamiento, frecuente en inglés, no lo es tanto en español); también se emplean combinados ambos métodos. Los ejemplos son infinitos, sobre todo en el caló, donde *acá* pasa a ser *a-cántaros*, el *bote* (la cárcel) pasa a ser, curiosamente, *boticheli*, y *alcahuete* da *cacahuete*, *ahuchuete* ("ahuehuete milenario" si el alcahuete es "millonario"), *alcanfor*, *alcanforado*, *alcohol*, *alcalde*, *alcasétzer*, etc. Abundan también en el lenguaje coloquial más general: el monosílabo de afirmación, *sí*, se convierte en *simón*, *simondor*, *silverio*, *silao*, *cintarazos*. Al bizzo se le llama *bizcocho*, *vizconde*, *Vizconde de Mirachueco*, *bizcornete*, *vitrinas*...; al viejo, *vejancón*, *vetarro*, *veterano*, *viernes*, etc. En muchos países de habla española se nos llama humorísticamente *cuatro ojos* a los que usamos gafas; para acentuar la burla, el mexicano suele transformar la expresión *cuatro ojos* en *cuatro milpas*; pero *cuatro milpas* no



exclamaciones equivalentes, en que se conserva el *Me lleva* inicial, la *t* de *tren*, y además el recuerdo de la palabra original, la que no se pronuncia ante personas de respeto. Así, por ejemplo: *Me lleva la trampa*, *Me lleva la trompada*, o bien *Me lleva la tía de las muchachas*.

Otro ejemplo: La palabra *suave* ha tenido en México, también desde hace mucho, una extensión de significado, y designa una cosa bonita, agradable y satisfactoria; se dice *Qué muchacha más suave*, o *Qué casa tan suave tiene fulano*, expresiones totalmente desconocidas en España o en la Argentina. Pero *suave* es también una interjección con que se acepta una propuesta o invitación: *¿Vamos al cine?* —¡Suave! La interjección parece haberse debilitado un tanto al correr de los años; se ha sentido la necesidad de reforzarla, de restaurar su relieve, y se ha creado *Suave l'aroma*. Ya iniciado el proceso de alargamiento, se convierte *suave* en *su-avena*, y luego, alargando cómicamente (¿tintanescamente?): *Su-avena y su arrozito con leche*.

Tenemos aquí dos métodos de crear expresiones nuevas: la elaboración fantástica (la *trampa*, la *trompada*, la *tía de las muchachas*) o la variación de la palabra usual, alargándola o acortándola



...la base estable del habla popular del país...



basta; el giro, alargado, se convierte en un grito de vendedor de billetes de lotería: *cuatro mil para hoy*.

El procedimiento es a veces más complicado, porque supone todo un proceso de razonamiento. En muchas lenguas del mundo, *burro* equivale a "tonto"; y al tonto, en México, le dicen también *guajolote* (a su vez, alargamiento probable de *guaje*, que es como decir "calabaza"). Pero muchos no dicen simplemente *burro*, sino algo más complicado: "Fulano no anda en cuatro patas porque se enojan los burros": es decir, los burros son más inteligentes que él, y no le permiten andar en cuatro patas para evitar confusiones; quieren que se guarden las distancias. Y también: "Fulano anda en dos patas por imitar al guajolote": es decir, camina sobre dos pies como las personas, pero en realidad eso se debe a pura coincidencia: la verdadera razón es su afán de parecer-

se en todo a los guajolotes, animales bipedos.

Una cosa ciertamente notable es la constante referencia burlesca a las imperfecciones de carácter y sobre todo a los defectos físicos del prójimo. Esta actitud parece, en general, incomprensible a los europeos y a los norteamericanos. Aquí nos encontramos, sin duda, ante una profunda diferencia psicológica. El hecho es que en gran parte de Hispanoamérica abundan las designaciones de defectos físicos. Max Leopold Wagner, que ha estudiado en época reciente este fenómeno (en un artículo de nuestra *Nueva Revista de Filología Hispánica*) lo explica por "las creencias y supersticiones indígenas, en las cuales es muy grande el papel de estas enfermedades y deformaciones". Lo que Wagner dice está plenamente atestado por la arqueología mexicana: abundan, en las distintas culturas prehispánicas, las estatuillas de cojos, jorobados, etc., y además las de seres físicamente monstruosos. Según parece, para la mentalidad mítica (o "teológica", como diría Comte), el individuo marcado con un defecto físico estaba señalado por los dioses, tenía un carácter mágico; había, pues, una preocupación colectiva con respecto a ellos. Las designaciones que examina Wagner en ese estudio son las que ter-

caso particular de mestizaje psicológico?

Así, pues, la mayoría de las expresiones citadas son de carácter despectivo, burlesco y aun cruel. El pueblo hace gala de humor para satirizar y ridiculizar a flacos y gordos, bizcos y narigudos, jorobados y calvos. En este aspecto del vocabulario puede verse en plena acción su facultad inventiva y los diferentes métodos de que se sirve —inconsciente y automáticamente, desde luego— para formar nuevas expresiones humorísticas. La gente se complace en las exageraciones más descabelladas. Del individuo delgado dice que *si se pone de perfil no se ve*. Al flaco y alto lo llama *kilómetro parado* (jugando con *kilómetro cuadrado*), y el bajo de estatura es *pedazo de retazo de hombre*, es *pulga*, *piojo*, *microbio*. El hombre alto es *inspector de azoteas*; el "chaparro", *inspector de sótanos* o *pariente del suelo*. Ya he recordado las expresiones *piernas de popote* y *zancas de chorro de atole*. Basta que alguien tenga la boca un poco más grande de lo normal para que se afirme que *la tiene tan grande, que se aconseja solo* (esto es, que puede hacerse confidencias a su propio oído). O bien, son comparaciones gráficas, como cuando se llama *cara de coladera* al que la tiene picada de viruelas, o cuando se dice que el camina con los pies para fuera *anda*

mo Paul Westheim y Justino Fernández. Y del mundo europeo ha venido la tradición de las danzas de la muerte. Pero el producto actual es muy distinto. No hay nada de hierático, de solemne; no es tampoco algo puramente macabro o escatológico. La danza de la muerte no es una danza pausada y grave, sino un "huateque" chocarrero y desenfrenado. El tema es de enorme interés, pero como rebasa de tal modo el aspecto lingüístico no podemos detenernos en él. Lo que nos interesa es que en el lenguaje, como en las representaciones plásticas, se pone de manifiesto ahora una actitud que podríamos llamar irrespetuosa ante la muerte. El mexicano, a lo que parece, no le tiene miedo ni horror, sino que la ve cara a cara y le habla de tú. Y la ve, además, como personaje grotesco; se complace en representársela como un esqueleto guasón, y la llama *la calaca*, *la flaca*, *la huesuda*, *la pelona*, *las patas de alambre*, *la dientuda*, y en Jalisco, por lo menos, le echamos encima un epíteto de lo más chusco: *la muerte ciriquiciaca*. Basta recordar los grabados de José Guadalupe Posada y las calaveras que se imprimen el Día de Difuntos para ver la estrecha correspondencia que hay entre la creación verbal y la artística. (Yo estaba en París en los días de la gran exposición de arte mexicano, y recuerdo a los buenos franceses, *profondément choqués* ante las calaveritas de azúcar.) Nada de trágico, tampoco, en las expresiones que sustituyen al verbo "morirse". Además de *estirar la pata*, común a otros países hispánicos, recuerdo éstas: *irse para el otro barrio*, *irse a la difuntería*, *cerrar los ojitos*, *entregar el equipo* o *la herramienta*, *liar el petate*, y más escuetamente *petatearse*. *Liar el petate* es fácil de entender, pero en *petatearse* hay un proceso lingüístico más misterioso: *petate* ha producido directamente un verbo reflexivo, tal como *enojar* ha dado *enojarse*. Pero si *enojarse* es "llenarse de enojo", ¿cómo interpretar *petatearse*? Es una creación ilógica, irracional, que de una identidad muerte/petate ha sacado la identidad morir-se/petatear-se.

Más siniestras e inadmisibles para la mentalidad europea son las expresiones con que el pueblo bajo describe un asesinato: *le dió mate*, *le dió matarile*, *le dió su agua* (o *su agüita*), *se lo quebró*, *se lo quemó*, *se lo tiró*, *se lo echó al plato*, *le dió su guardadito*, *su aplaque*, etc.

No me alargo más. Pero importa observar que, si el mexicano parece afanarse en dar la impresión de que no teme a la muerte, la abundancia misma de expresiones y la creación constante de nuevos giros demuestra que la muerte sí le preocupa, como también le preocupan, evidentemente, los defectos físicos. Hay sin duda en cada pueblo, como en cada persona, un grupo de temas que lo obsesionan, y el lenguaje es la manifestación patente de tales obsesiones. (Me dicen que en el Paraguay, país de fortísimo porcentaje de sangre indígena, la palabra nefanda por excelencia, la que jamás se dice en sociedad, significa "indio viejo": eso simplemente; ni más, ni menos.)

Otra de las obsesiones es en México el "machismo", el afán de alardear hombría. Renato Rosaldo (en una revista norteamericana) y más recientemente Alfred Bruce Gaarder (en una tesis de la Universidad de México) han llamado la atención



minan en el sufijo *-eco*, como *cachureco* y *patuleco*, y el filólogo alemán explica ese sufijo, prácticamente desconocido en España, como adaptación de un sufijo análogo que existe en Náhuatl. (He hablado de las huellas fonéticas y de las huellas léxicas del náhuatl en el español de México; hay que añadir ahora, de pasada, las huellas morfológicas.) Desde luego, es evidente que donde existen esos adjetivos es en México y en Centroamérica, zonas de sustrato náhuatl. Ahora bien, es explicable la abundancia de tales designaciones de las anomalías físicas, pero no el carácter hiriente, ridiculizante, despectivo que han adquirido. Esto, según me parece, coincide con la actitud española. No creo que en España abunden notablemente las designaciones de defectos físicos, pero la actitud hacia ellos es tan poco compasiva y caritativa como en México (recordemos al pobre de don Juan Ruiz de Alarcón). Reconozco el peligro de las grandes generalizaciones, pero ¿no se podría explicar la modalidad que tienen las designaciones de defectos físicos en el lenguaje mexicano como un

como *perico en alfombra*. Siguiendo por este camino se suele llegar a la creación de expresiones que son verdaderas adivinanzas, enigmas que requieren explicación para el no iniciado. Imposible saber, por ejemplo, por qué se llama *campeona de natación* a una flaca. ¿Acaso las flacas son mejores nadadoras? No, la flaca es campeona de natación porque... "nada por detrás y nada por delante". Otro ejemplo: una expresión española humorística para "morir" es *estirar la pata*. Pues bien, una de las designaciones del cojo, del que tiene una pierna encogida, es en México *el Inmortal*, porque es alguien que *no puede estirar la pata*...

Con esto llegamos a otro de los temas en que más se ejerce la creatividad lingüística del mexicano, un tema tan incomprensible como el anterior para toda mentalidad "occidental". Es el tema de la muerte. Aquí es también indudable la confluencia indígena y española, el mestizaje psicológico. De los antiguos mexicanos ha llegado la herencia de su peculiarísima concepción de la muerte, estudiada, en sus manifestaciones artísticas, por críticos co-

sobre la riqueza léxica producida por esa preocupación. Se manifiesta en muy diversas formas. En primer lugar, toda la serie de expresiones con que el hombre alardea de ser muy masculino, *muy macho*: *Soy padre de más de cuatro*, *Soy hombre de pelo en pecho*... o afirma su superioridad denigrando disminuyendo al prójimo: *Fulano no me sirve ni para el arranque*, *Zutano me hace los mandados*. Se trata de hacer más pequeño al otro *ningunearlo* (otro verbo muy significativo: convertirlo en ninguno en cero); es el medio más eficaz de afirmarse a sí mismo.

Dentro del complejo lingüístico creado por el tema obsesivo del machismo está, desde luego, la exaltación del valiente y el desprecio por el cobarde; son muchas las expresiones que designan a ambos. Del valiente se dice, por ejemplo, que es *bragado*, *broncudo*, *atravesado*, *entrón*, *muy gallo*, *muy gancho*, *picudo*, *pantera*, o *muy plantado*. Pero aún más que el valiente, despierta admiración el listo, el astuto, el que nunca se deja engañar; muchas expresiones combinan ambos sentidos: listo y valiente: *templado*, *planchado*, que *se las trae*, que *tiene agallas*, etc. Aún más, el tipo de hombre que goza de la admiración del pueblo no sólo es listo y valiente, no sólo *no* se deja engañar, sino que *sabe engañar*, es taimado y tramposo, es *una lanza* o *muy lánqara*, es *rete abusado* (o *aguzado*), *trucha*, *aprovechado*. No hay para qué decir que el individuo engañado, el que se deja engañar, o simplemente el que se deja, el *dejado*, es objeto de burla, porque al caer la trampa ha demostrado su escasa virilidad. Se dice que *lo hicieron tonto*, que *lo hicieron tarugo*, *pendejo*, *maje*. De este último adjetivo ha nacido otro verbo muy mexicano, *majear*. A la víctima de un fraude se le dice a guisa de consuelo: "¡Te majearon!" O sea: Mostraste tu inferioridad; más vale que no hables del asunto, para que no acabes de hundirte. El mismo desprecio, por supuesto, para el afemina. do. Bernal Díaz del Castillo dice que, cuando los españoles salieron huyendo de Tenochtitlán en una noche aciaga, los mexicanos les gritaban: "¡No huyáis, *cuiloni*!" Esta palabra náhuatl denotaba al invertido sexual, al prostituido, y todavía se llama *cuilón* al afeminado y al cobarde. (¿No es verdaderamente curiosa, para el psicólogo y para el lingüista, la supervivencia de este indigenismo? Sobre todo si se considera que los nahuatlismos que han quedado designan casi siempre objetos materiales y concretos, y raras veces son calificativos.) Las designaciones del invertido son extraordinariamente numerosas. Alfred Bruce Gaarder contaba veintinueve; yo he contado cuarenta y tres, y seguramente no son todas. Se trata, pues, de otro tema obsesivo.

En torno al machismo se agrupa, por consiguiente, una enorme cantidad de palabras y giros populares, que se van renovando y sustituyendo sin cesar. Se pueden dividir en varias categorías: por una parte, términos para valiente, para listo, para astuto y tramposo, para engañador; por otra, términos para insignificante, para tonto, para cobarde, para homosexual. Es un campo riquísimo, fecundo sobre todo en palabras cargadas de connotación emocional, de admiración enfática o enfático desprecio; palabras fuertes, tan grasas y ofensivas que van

creando en torno suyo toda una nube de sustitutos y eufemismos.

* * *

En el artículo anterior y en éste he tocado sólo algunos aspectos del "idioma de los mexicanos". Nuestra realidad lingüística *total* es infinitamente más compleja. Que conste, la parcialidad y el fragmentarismo de los dos artículos. Lo que me ha movido a escribirlos es ante todo mi interés por la lengua que hablamos, pues el estudio del lenguaje, como el de la literatura, se justifica por sí

mismo. Pero ¿quién negará que tiene aspectos útiles para el conocimiento o la mejor comprensión de otros fenómenos? Creo que, si se desarrolla y ahonda lo que aquí he dicho, si a las materias que he tocado se añaden muchísimas otras y se tratan todas con método riguroso, no sólo tendremos una imagen más clara de ese hecho apasionante que es el lenguaje, sino, además, una contribución importante para la psicología y la sociología mexicanas. Porque el lenguaje es quizá, entre las obras humanas, la que con mayor fidelidad revela a su creador el hombre.

EL COLEGIO DE MEXICO.

GENTE DEL PAIS DEL HULE

(Viene de la pág. 2)

en los largos siglos que debieron transcurrir para el logro de tal perfección.

El dios Cabeza Colosal de Hueyapan asienta en las proximidades de la serranía de Tuxtla; no hay dificultad por tanto para imaginar grandes problemas de transportes desde el sitio donde pudo haber sido labrada hasta el lugar donde hoy todavía se encuentra inamovible; en cambio, otras cabezas, como las de La Venta, fueron acarreadas a más de cincuenta kilómetros de los lugares donde hay piedra, y esto al través de ríos, esteros, lagu-

nas y marismas y en una época en que el brazo del hombre era la única fuerza de tracción disponible; quiere ello decir, la necesaria existencia de una gran población.

A primera vista, los rasgos físicos del dios Cabeza Colosal parecen negroides; especialmente la nariz ancha y aplastada y los labios gruesos, sensuales y arriscados dan la sensación de querer representar características somáticas negras; sin embargo, todo esto no es sino una ilusión. Hemos dicho ya que la migración de individuos pertenecientes a la gran raza ne-



... cabeza colosal esculpida en roca volcánica...